

tado en el hospital con los primeros síntomas de la hidrofobia, que se caracterizó perfectamente y sin ningún género de duda el 16.

El pronóstico era por lo tanto mortal, dicen los citados profesores. No conocemos en la medicina de los tiempos antiguos ni modernos, como ya hemos manifestado, ningún agente ni tratamiento que haya dado buenos resultados en esta enfermedad, salvando el de los dos eminentes especialistas (Pasteur y Ferran) que parece según se demuestra por su doctrina y resultados prácticos, que están resolviendo un problema útil y necesario en bien de la humanidad.

El día 17 se presentaban los síntomas tan intensos y graves, que se preveía muy próximo un funesto desenlace. Hacía setenta y dos horas que no tomaba ni la mas pequeña cantidad de alimentos sólidos ni líquidos; su sola presencia lo enfurecía y en este delirio rabioso acometía á los que se hallaban á su alrededor, por lo cual fué preciso sujetarlo, con el doble objeto de evitar sus acometidas y de efectuar inyecciones hipodérmicas con el clorhidrato y con el sulfato de eserina, al mismo tiempo que inhalaciones de cloroformo.

Perplejos é impotentes ante este cuadro espantoso y mas desconsolador, para el médico á la cabecera de los enfermos, en ese mismo día nos dijeron que hacía poco, refería un periódico político, que un hombre atacado de hidrofobia, furioso en una de sus exacerbaciones, cayó en un vallado de pita é instintivamente mordió con afan y avidéz sus hojas; como sintió desde luego consuelo, continuó mordiéndolas y se curó. No había en esta noticia aseveración pericial, no era el resultado de un caso clínico, empezado seguido y terminado por la observación de un competente fa-